

La ribera del Tempisque

Por el Prof. Anastasio Alfaro

El río Tempisque, conocido antiguamente con el nombre de Zapandí, recorre la Provincia del Guanacaste de Norte a Sur, como arteria principal que recibe las aguas fluviales de la extensa llanura para llevarlas al fondo del Golfo de Nicoya.

Las embarcaciones menores, que hacen el servicio de cabotaje, entran por el estuario del río, durante la marea creciente, hasta el puerto de Ballena, donde se juntan los caminos de Liberia y Santa Cruz, que son las ciudades más importantes de toda la región.

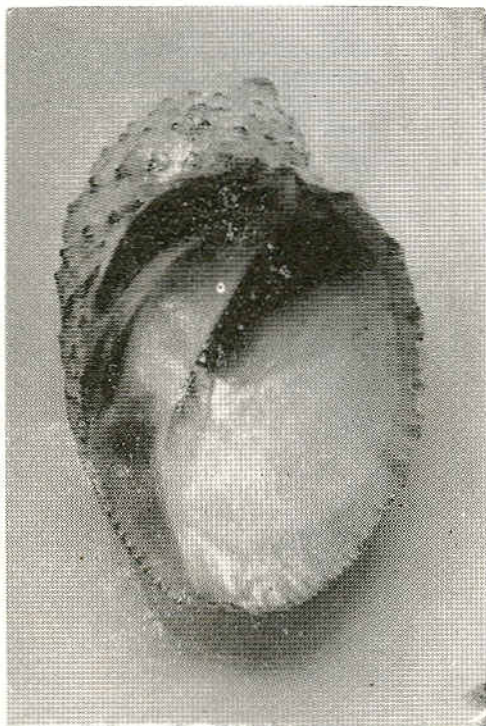
Con los grandes temporales, que culminan a principios de octubre, el río se desborda inundando ambas riberas, en diversos lugares, donde las aves acuáticas hacen su merienda sobre los prados convertidos, por algunos días, en estanque de barbudos y mojarras. Bandadas de garzas blancas se posan sobre los árboles, destacándose entre ellas las espátulas de alas rosadas y los piches bulliciosos, como un manto de armonía tendido sobre las aguas, donde aparece flotante de vez en cuando el Dios y Señor del anchuroso Zapandí en forma de imponente cocodrilo.

Aquellas fértiles riberas estuvieron habitadas hace cuatro siglos por los indios chorotegas, de origen mexicano, que buscaban un lugar tranquilo, donde pudieran cultivar la tierra, nombrar las autoridades por elección popular y darle vuelo a su fantasía artística, que constituye el encanto más dulce de la vida.

Agrupaciones pequeñas de ranchos cuadrilongos, con techos de paja, aitos, piramidales, ocupaban la ribera enjuta del río; en el sotabanco dormía toda la familia, y sobre el piso de tierra cocinaban, tejían hamacas y redes, labraban jícaras y guacales o

fabricaban loza de arcilla, especialmente en los días de verano.

Hacían los cultivos de maíz, frijoles y yuca en pequeñas comunidades, prestándose los servicios unos a otros en la siembra, desyerba y cosecha de los granos. Para la fiesta del maíz, hacia el mes de agosto, todos los vecinos contribuían con tamales, chicha, tambores, pitos y ocarinas, trajeándose las mujeres, con mantas de algodón, bordadas en colores, y los hombres con



PULPURA PATULA

en tamaño natural, vista por dentro

plumas vistosas, orejeras, bezotes y collares, en que alternaban las piedras verdes, con las joyas de oro reluciente, colmillos de tigre y cuentas de concha de nacar o de caracoles rosados.

Debieron tener también la fiesta de los mariscos, porque en un túmulo u oratorio abierto recientemente en Palmira, aparecieron conchas y caracoles por centenares, hasta una profundidad de dos metros, todo mezclado con tambores y vasijas rotas, mandíbulas de guapote, huesos y cuernos de venado, junto con ciertos utensilios en forma de cuña puntiaguda, durísima como el marfil, que parecen destinados para abrir las grandes conchas bivalvas, con el objeto de comerse los ostiones contenidos en ellas; quizá fueron depositadas en calidad de ofrenda para que el Dios agasajado pudiera aprovecharlas. No aparecieron vasos enteros, huesos humanos, ni piedras de moler; nada que pudiera indicar una huaca o sepultura corriente.

Las asas de grandes tambores de barro cocido, sin decorado alguno, son tan frecuentes en los entierros de conchas y caracoles, que debemos suponer una fiesta bulliciosa, con bocinas, maracas de jícara, pitos y ocarinas, que tanto abundan en las guacas chorotegas. Hay en las ocarinas ordinarias una banda transversal entre los cuatro agujeros, con rayas y puntos que parecen marcar un pentagrama característico de tales instrumentos, así representen un pájaro, una rana, un pez o un armadillo.

En esos festejos bailaban al aire libre, las mujeres al centro, cogidas de las manos, y los hombres formaban un círculo concéntrico, más grande para que en el espacio intermediario se repartiera chicha a todos los danzantes, desde la tarde hasta la media noche.

La pesca y la cacería eran colectivas, de manera que todos tuvieran su parte, así en el esfuerzo como en la retribución, dando una nota de armonía encantadora, sin odios ni rencillas, que el jefe mandaba a castigar severamente. Cogían los venados y puercos de monte con redes y trampas, o los cuidaban en calidad de animales domésticos, como los patos, loras, perdicés y pa-

vas; por eso no es raro que en todas las obras de cerámica reprodujeran formas de animales, unos por dañinos y otros por el provecho que sacaban de ellos.

Esa vida tranquila produjo el florecimiento del arte decorativo en la cerámica dibujada con diversos colores, que han resistido la acción destructora del suelo húmedo durante cuatro siglos. Las piezas y fragmentos desenterrados en las márgenes del Tempisque y en otros lugares de la península de Nicoya presentan arabescos o algo parecido, bandas, bucles, escamas, festones, grecas, guirnaldas, meandros, ondas, postas, rayaduras, rosetas, trenzados y todos los dibujos convencionales, que consideraban indispensables para representar formas mitológicas o tradiciones de sus antepasados.

El grabado que publicamos representa la concha que han usado los indios de Centro América para teñir el hilo morado, con que bordaron sus preciosas telas.

En las sepulturas pre-colombinas aparece el *Arca tuberculosa*, que debieron aprovechar los indios como alimento: es muy parecida en su forma y colorido a la chucheca o *Arca grandis*, pero de tamaño mucho menor, pues esta última pesa más de medio kilo, y si la primera pudiera compararse con un durazno, la segunda alcanza el volumen de una anona regular, de color moreno verdoso por fuera y blanca por dentro, cuando se la despoja del carnosos molusco que sirve de alimento a la gente de la costa. Ambas especies viven en los manglares, donde las recogen los boteeros durante la marea baja para venderlas en Puntarenas, por ejemplo, sobre todo la chucheca por su gran tamaño, aunque el humor sanguinolento que destila sea de ingrato aspecto para las personas que no están acostumbradas a comer ese ostión ordinario.

Menos corriente es el consumo de almejas, a pesar de que las tenemos de buena clase, tanto en los ríos navegables como en las ensenadas y golfos. En el agua de mar hay la especie conocida con el nombre de *Donax aspera*, que es una concha pequeña, casi triangular, de color morado pálido: están sepultadas en la arena de la playa y

quedan al descubierto por un instante, cuando asciende el oleaje, para volver a sepultarse de canto inmediatamente, antes de que el agua las arrastre.

En los ríos donde entra la marea hay almejas de color verdoso, y concha dura, como las de mar; pero donde el agua se conserva siempre dulce las almejas son ovaladas, casi negras por fuera, delgadas y frágiles, como las que vienen de Europa empaquetadas en latas: tal es la influencia deci-

siva del ambiente en estas criaturas localistas, que nacen, crecen y se reproducen en el propio sitio que la Naturaleza les destina para vivir. Por adaptación al medio pueden, sin embargo, formarse criaderos artificiales de moluscos, como sucede con las abejas, los animales domésticos y tantas plantas importadas, que como el café constituyen la mayor riqueza establecida en el país por nuestros abuelos.

